

Por otra parte, si bien la historia oral da la palabra a los silenciosos de la historia, no necesariamente constituye una contrahistoria respecto de la oficial. El mérito de la historia oral es sacar a la luz realidades que se encuentran esparcidas en la inmensidad de lo escrito, hace ver al historiador la complejidad de lo real y la fuerza del imaginario.

Joutard agrega un apéndice a esta segunda edición que, en el título sintetiza su contenido: “La historia oral: balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos”. Aquí actualiza los debates más recientes sobre el tema, y los congresos y trabajos de los últimos años.

Puesto que muchos de los problemas de la historia oral analizados en *Esas voces que nos llegan del pasado* no han perdido vigencia, la reedición del libro en español es un acierto. El texto de Philippe Joutard, bien documentado y sugerente, científico y apasionado, constituye una estimulante invitación a la práctica de la historia oral.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Alberto Cue, ed. *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit*. México: FCE. 2a. ed. 2000; 272 pp.

Por su configuración, se diría que este libro se encuentra a caballo entre dos géneros discursivos: por una parte, como reza el título y como se dice en el Prólogo de Roger Chartier, son “conversaciones” que este sostiene con cuatro intelectuales mexicanos. Pero también se trata de una extensa “entrevista” a Chartier, y así la llama él mismo al final (264, 265). Se combinan, pues, dos géneros del discurso oral, con todo lo que ambos tienen de libre, de “informal” y, citando al propio Chartier, con su “encadenamiento más espontáneo de las ideas, un menor temor a las digresiones y los rodeos, una expresión menos restringida de las opiniones y los pensamientos” (10).

Así configurado, y dentro de cada una de sus cinco “jornadas” —“como las antiguas comedias españolas”, dice el Prólogo—, los

interlocutores van de un tema a otro, unas veces por conexiones necesarias, otras por asociación más libre. Y sin embargo, el libro en su conjunto tiene coherencia, centrado como está en ciertos asuntos fundamentales, como la historia de la cultura escrita, del libro y de la lectura, y porque lo atraviesan varias preocupaciones constantes y una misma y característica actitud de fondo: la relativización de los fenómenos y su historización, lo mismo que la necesidad de problematizar las cosas.¹

Del cúmulo de ideas y constataciones interesantes que se dicen en este libro quisiera destacar algunas: 1) Un texto no es el mismo texto si cambia de forma: no es igual un texto inscrito en un rollo que un texto inscrito en un códice ni que uno inscrito en una computadora (208-209); 2) en cada caso el texto se lee también de manera diferente, porque “la forma contribuye al sentido” (209), o sea, que existe una “vinculación esencial entre el texto en su materialidad [...] y las prácticas de apropiación, que son las lecturas” (35); 3) la lectura “es una práctica de invención de sentido, una producción de sentido”, y “esta invención no es aleatoria, sino que está inscrita dentro de coacciones, restricciones y limitaciones compartidas”, limitaciones que, por otra parte, siempre se desplazan o superan, gracias precisamente a la invención de sentido (41).

La obra se detiene en las transformaciones de la lectura a través de los tiempos, como el paso de la lectura intensiva a la extensiva (105), y, sobre todo, el fundamental paso de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa, el cual, según sabemos ahora y nos recuerda Chartier, se produjo en dos momentos históricos discontinuos: en la Antigüedad, cuando en los siglos VI o V a. de C. se “inventa” en la Grecia arcaica y clásica la lectura silenciosa entre la gente letrada, práctica que sigue viva hasta el final del Imperio romano, siendo, sin embargo, lo común en todo ese

¹ Dice Daniel Goldin (258): “algo que me ha llamado la atención es ver cómo en todos sus textos hay una gran proclividad a matizar, a problematizar, a rechazar afirmaciones categóricas. Es una de las varias lecciones que como lector uno obtiene de Chartier”. Un botón de muestra: la respuesta de Chartier a una inquietud de Jesús Anaya Rosique en torno a la relación entre el *editor* y el *publisher*: “Es una cuestión difícil. Plantea un problema de términos que, tal vez sí o tal vez no, podría ser resuelto” (64). La respuesta me recuerda una frase de ese otro problematizador que fue Cervantes: “entre el sí y el no de la duda”.

tiempo la lectura en voz alta;² y luego surge otra vez, en la Edad Media, “en los monasterios y en los ámbitos eclesiásticos” (54), donde se vuelve a leer en silencio, y, nuevamente, en un mundo en el que las lecturas, individuales y colectivas, se hacen mayoritariamente en alta voz.

A propósito de estas afirmaciones, pienso que hay que diferenciar entre periodos históricos en que grupos limitados de personas solían leer en silencio en ciertas situaciones, como ocurrió en los dos casos citados (y como debe de haber sucedido además en otros momentos de la historia de Occidente), y la instauración de la lectura silenciosa y solitaria como práctica generalizada, que es lo que sólo ocurre, al parecer, desde el siglo XIX, aunque se anuncia ya en el XVIII. Este trae consigo una “revolución de la lectura”, que desembocará en la Revolución francesa, la cual, entre otras cosas, “inventa prácticas de lectura” (170).

El mundo de la publicación de los textos y sus transformaciones es otro aspecto fundamental que recorre esta obra. Sobre los manuscritos aprendemos, por ejemplo, que todavía circulaban en el siglo XVIII, “y quizá más allá” (22), y que son ciertos tipos de obras los que se difundían en forma manuscrita todavía después de Gutenberg, como, por una parte, las antologías poéticas y, por otra, “los textos prohibidos, los libros de secretos o los de magia” (23). A este propósito quisiera añadir, al menos para la España del siglo XVII, las sátiras políticas y las poesías eróticas, que sólo circulaban en manuscritos (quizá podrían englobarse en la categoría de “textos prohibidos”).³

La obra que estoy comentando incluye cosas importantes también sobre la invención y las transformaciones del periódico. Entre las partes del libro que son más de *conversación* que de *entrevista* está la que se refiere a la oposición periódico / libro, donde Saborit y Anaya hacen valiosas contribuciones a base de lo ocurrido en México en el siglo XIX: “El periódico termina desplazando el espacio del libro [...]. Todas las

² “Toda la literatura latina y la griega pueden ser entendidas en su relación con la voz” (121).

³ El tema ha sido estudiado para España por José María Díez Borque (“Manuscritos y marginalidad poética en el XVII hispano”, *Hispanic Review* 51, 1983: 371-392), autor también de la obra intitulada *El libro; de la tradición oral a la cultura impresa* (Barcelona: Montesinos, 1985).

energías humanas y la inversión se van hacia la fundación de periódicos y no existe la industria editorial”. Aquí los artículos periodísticos “son la obra” de un autor (186).

Es apasionante lo que dice Chartier sobre la escritura literaria, en la “Tercera jornada”, que es mi parte preferida del libro y que se intitula precisamente “Literatura y lectura”. Me impresiona lo mucho que sabe Chartier sobre la literatura española, principalmente sobre la del Siglo de Oro, y lo destaco porque ello no es nada común entre los investigadores europeos no hispanistas. Chartier ha comprendido cosas tan importantes

como esa conciencia muy aguda [...] de los efectos de los textos y de sus formas de circulación entre sus públicos [...]. La literatura española del Siglo de Oro tematiza su propia condición de producción, de circulación y de recepción. Los textos en las dos lecturas —en voz alta y en silencio—, los textos dirigidos a los públicos diversos —el discreto y el vulgo—, la conciencia de las formas mismas de transmisión de los textos (133).

A este propósito, en un artículo reciente⁴ muestro cómo Cervantes tiene sumo cuidado en especificar en cada caso si el que lee lo hace pronunciando o en silencio: en el *Quijote* usa el verbo *leer*, según el caso, ya solo ya acompañado de fórmulas como “alto”, “en voz alta”, “para que todos lo oigan”, etcétera.

Confieso que me inquieta que Chartier hable de *capacidad / incapacidad* de leer en silencio (52-54). ¿No implican esos términos dotes físicas/mentales, cuando, creo yo, se trata de prácticas culturales? Otra pregunta, dirigida esta vez a los correctores de estilo del libro: ¿por qué se usa en él, referida al Siglo de Oro, la palabra “romance”, en vez de “novela” o “narrativa”, cuando en español los romances constituyen un género literario distinto (79, 80). Otra observación: según yo, no son equi-

⁴ “¿Cómo leía Cervantes?”. En *Cervantes (1547-1997). Jornadas de investigación cervantina*, compil. Aurelio González, México: El Colegio de México, 1999: 131-137. Véase mi libro *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997 (y *cf.*, en esta *Revista*, I (2001), 2, la reseña de Herón Pérez Martínez).

parables (192) la acción de contar un relato y la de leer un texto en voz alta. Con la lectura oral se relacionan otras dos manifestaciones, diferentes entre sí, de la divulgación de textos por la voz: la recitación de obras memorizadas y la narración, más libre, de cuentos y géneros afines. En relación con esto, he tratado de mostrar cómo la gran importancia que la voz y la memoria tenían en España, todavía en los siglos XVI y XVII, traía consigo una concepción del texto literario distinta de la actual: “un texto literario no se concebía, a la manera de hoy, como un objeto necesariamente fijo e incambiable, sino como una entidad que podía ser fluida, maleable, capaz de transformarse en sucesivas repeticiones” (*Entre la voz*, 70). Curiosamente, algo así parece ocurrir con las reseñas de libros que publican los periódicos franceses del siglo XVIII, en las cuales nos dice Chartier (93) que “hay una libertad en las citas que no responde a las reglas que después, en el siglo XIX, aparecen con la filología: cita literal, referencia de fuentes, etc...”. Por supuesto, junto a esa concepción flexible del texto ha existido siempre en ciertos autores “la voluntad de control” sobre sus textos de que habla Chartier, la preocupación por su reproducción exacta y la crítica a los copistas descuidados. En el siglo XIV español se da el caso del Infante don Juan Manuel, comparable al de su contemporáneo Petrarca (216), por la suma importancia que le atribuía a la copia exacta de sus originales.

Por último, quisiera mencionar lo que afirma Chartier de la “inteligibilidad más densa, más compleja y más rica de las obras literarias” que puede aportar un enfoque histórico (126); a este propósito dice Antonio Saborit que “la lectura histórica de los textos literarios permite acercarnos de una manera más antropológica y menos escolar” (126). Esto me ha traído a la memoria el reciente libro de Augustín Redondo, intitulado *Otra manera de leer el “Quijote”* (Madrid: Castalia, 1999), cuya orientación, básicamente histórica y antropológica, permite, en efecto, leer la gran obra cervantina de una manera “más densa y más rica” y comprueba que “lo que importa es el juego entre una práctica social y una ficción literaria” (129). Necesito, sin embargo, decir que este enfoque histórico no se opone al estudio “inmanente” de la obra literaria, el cual, según dice Chartier (129), “supone —yo diría, crea— una relación directa entre el texto antiguo y el crítico contemporáneo”. No pienso que haya que “romper con” esa tradición (128-129), porque también ha pro-

ducido y seguirá produciendo acercamientos enriquecedores a los textos literarios.

Dada toda la proliferación de temas e ideas en el libro que nos ocupa y la manera, no necesariamente planeada, como van apareciendo, a ratos he echado de menos un índice temático y un índice de autores, índices que, entre otras cosas, permitirían unir lo que en el libro, por su misma naturaleza, aparece disperso. También se agradecería una Bibliografía que recogiera los muchos estudios citados en el texto y en las notas. Se agradece, por supuesto, la muy útil “Bibliografía de Roger Chartier” que figura en un Apéndice.

Ha dicho Chartier de sí mismo: “prefiero leer que escribir, prefiero aprender que dar una forma fija o definitiva a una investigación, porque pienso que siempre hay cambios, desplazamientos, planteamientos intelectuales que surgen de todos los horizontes, de todas las disciplinas, de todas las escuelas historiográficas” (256). Por esa su enorme y constante apertura, las investigaciones de Roger Chartier desembocan en lo que podríamos llamar “textos en movimiento” y son un estímulo para quienes los escuchan, los leen y, justamente, entablan conversaciones como las que aparecen plasmadas en el libro que aquí se ha comentado.

MARGIT FRENK
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM